

SICUT FLUMEN PAX TUA

**Fundación del Monasterio de Nuestra Señora del Paraná,
Aldea María Luisa, Entre Ríos - 31 de mayo de 1987**

Desde el 31 de mayo de 1987, existe por fin un monasterio contemplativo en la Arquidiócesis de Paraná, que había quedado sin ninguno desde la creación de la Diócesis de Gualeguaychú a la que pertenece la Abadía de Niño Dios y un Carmelo. Se trata del Monasterio de monjas benedictinas Nuestra Señora del Paraná, fundación del Monasterio Gaudium Mariae de Córdoba.

La historia de esta fundación es bastante particular, pues el monasterio fundador es extremadamente joven (sólo 8 años). Pero cuando Mons. Estanislao Karlic fue nombrado Arzobispo de Paraná en 1983, una de las primeras cosas que pidió fue un monasterio benedictino en su Arquidiócesis y que saliera de Gaudium Mariae. Nosotras, aunque comprendíamos las dificultades de semejante empresa, creímos escuchar la voz de Dios que nos llamaba a llenar esta importante laguna en esa iglesia local y el 25 de junio de 1986, el Capítulo de Gaudium Mariae votó por unanimidad la fundación del monasterio de Paraná. Los preparativos se hicieron rápidamente. La comisión de laicos que se formó para preparar la llegada del grupo fundador trabajó eficientemente y en el mes de diciembre las Hermanas del Espíritu Santo ofrecieron el convento que ellas dejarían al Arzobispado, en Aldea María Luisa, a 20 kms. de Paraná, como residencia provisoria para el nuevo monasterio. Habiendo visto la conveniencia de ese lugar, el 25 de febrero, la Revda. Madre Priora Cándida María Cymbalista hizo la designación de las seis fundadoras en una emocionante reunión capitular: Hnas. María Isabel Guiroy, María Graciela Sufé, Je-

rónima Portillo y Rosa María Alonso (que haría su profesión solemne el 25 de abril siguiente) ya monjas solemnes y las Hnas. Patricia Lía y María Sofía Sgarbanti, profesas trienales. De las seis fundadoras, tres son entrerrianas; la Hna. Jerónima, de Victoria, la Hna. Patricia, de Crespo, y la Hna. María Sofía de Paraná. La Hna. Rosa María es chaqueña, de Quitilipi; la Hna. María Graciela es cordobesa y la Hna. Isabel, de Buenos Aires. Por otro lado, tanto la Hna. Jerónima como la Hna. Isabel ya tienen la experiencia de haber hecho la fundación de *Gaudium Mariae*.

A partir de ese momento, se comenzó a preparar aceleradamente la fundación, que tendría lugar el Domingo de la Ascensión. El 7 de mayo, las seis fundadoras partimos a Luján, a consagrar el monasterio a la Santísima Virgen. Allí nos encontramos con Monseñor Jorge Casaretto, Obispo de San Isidro, con todo su presbiterio y tuvimos la gracia de participar en la misa que celebraron para cerrar su Reunión anual. Para nosotras fue un regalo del Señor poder participar en esta celebración con nuestro antiguo Obispo, con quien nos unen afectuosos lazos de amistad. Por la tarde, asistimos en la Abadía de San Benito de Luján, a la ordenación sacerdotal del P. Fernando Rivas, felices de que se diera la ocasión de poder compartir esta fiesta con nuestros Hermanos. Durante nuestra estadía en Buenos Aires, permanecemos unos días en la Abadía de Santa Escolástica para despedirnos del Monasterio abuelo. La Revda. M. Abadesa María Leticia nos hizo entrega del regalo de la Abadía para el nuevo monasterio: la preciosa cruz fundacional, réplica en bronce de la que trajeron de São Paulo (Brasil) las fundadoras de Santa Escolástica y que la Abadía entregó a cada una de sus fundaciones. Aprovechamos esta crónica para agradecer a nuestras Hermanas de Santa Escolástica, su delicada fraternidad y generosa despedida. También recibimos como regalo, una Regla de San Benito hermosamente impresa y encuadrada, que nos llegó de Stanbrook, nuestro monasterio tatarabuelo.

El día 30 de mayo amaneció frío pero soleado y transparente, al modo de los más hermosos días serranos. A las 8.30, nos reunimos en la Sala de Comunidad y M. Cándida María leyó el acta de designación de M. Isabel Guiroy como Priora del nuevo monasterio de Nuestra Señora del Paraná. Seguidamente, con todo su cariño, su experiencia y la emoción contenida de este momento fundamental, la M. Priora Cándida María despidió a sus seis hijas que partían a la aventura de Dios, con un mandato hermoso y comprometedor para cada una: "Hna. Isabel, hoy recibes la misión de construir una comunidad, signo de paz... Nosotras sabemos que tú eres una piedra de los cimientos de *Gaudium Mariae*. Hoy te arrancas para ser piedra angular de un nuevo edificio de Dios, de una nueva casa de María, de una nueva generación de santas. Te pedimos que la paz sea la atmósfera de esa casa, que la paz sea tu esfuerzo y tu gloria... Hna. María Graciela, nuestra Comunidad retiene tu sonrisa y tu corazón rebo-

sante de generosidad y de amistad sincera... Te pedimos que laboriosamente busques la paz... con esa fuerza que te caracteriza... Hna. Jerónima, por segunda vez el Señor te mira y te envía. Tú eres una de mis hijas de la juventud... y así te envió: fuerte para luchar por la paz... Hna. Rosa María, como a la esposa joven el Señor te ha elegido para seas fecunda en esa tierra que siempre te quiso... Yo quisiera que en tu corazón, tan lleno de música y que todavía huele a azahares y rosas, grabes con fuego y oro la paz... Hermana Patricia y Hna. María Sofía, "José y Benjamín" de la pequeña tribu, hijas del río y de los trigales... nuestra comunidad las envía como promesa de futuro. Las vemos partir como los padres contemplan a sus hijos jóvenes que dejan la casa paterna para entrar en el camino de las responsabilidades... Y como los padres llenan de recomendaciones, ya en el dintel de la puerta, a los muchachos que se van, así yo hoy, nosotras hoy... sobre todo una: 'Busca la paz y síguela', 'no tengan miedo'... Hermanas muy queridas, envueltas en la alegría de María, llevando en el corazón la mirada de la Virgen, partan como los tres Reyes partieron, del Gaudium Mariae, llevando a esas tierras LA PAZ COMO UN RIO".

Después de la ceremonia, salimos mientras sonaban las campanas que no dejaron de tocar hasta la partida del ómnibus. Nuestras Hermanas, junto con M. Cándida, nos despedían desde detrás de las rejas del claustro, detrás del campanario. Es imposible expresar todos nuestros sentimientos en una crónica que se va alargando demasiado, por lo cual seguimos adelante, no sin sentir nuevamente y expresar el inmenso agradecimiento a M. Cándida y a toda la Comunidad de Gaudium Mariae por TODO, y nuestro recuerdo y cariño a cada una de nuestras Hermanas cordobesas. A eso de las 9.30, salimos rumbo a la Abadía de Niño Dios en el ómnibus en el que nos acompañaron unos 40 amigos cordobeses que quisieron asistir a nuestro asentamiento en Paraná. También venían con nosotras las Hnas. Elena María, Mabel, María Francisca, Juana Inés, Silvia, Clara Marcela y María José del Monasterio Gaudium Mariae. La Hna. Juana Inés iba en auto con sus papás y su hermana Amparo. Durante el viaje, pudimos encomendar el acontecimiento a la Santísima Virgen, rezando el santo Rosario y también vimos un video-cassette del viaje del Santo Padre a la Argentina recordando con unción todo lo que escuchamos en esa oportunidad y volviendo a ver su querida figura en los distintos lugares de nuestra Patria.

Los monjes de la Abadía de Niño Dios nos brindaron una acogida extraordinaria. Se habían unido a nosotras en distintos puntos del camino, autos con familiares y amigos, y en la Abadía nos encontramos con gente que había venido también de Buenos Aires. Fue una jornada de oración, pues pudimos compartir las Vísperas y Completas con los monjes. A la mañana siguiente, toda la concurrencia rezó Laudes y después de Sexta, que compartimos también con los monjes y todos los huéspedes, fuimos hasta el altar lateral, donde está la Virgen de Luján, y allí cantamos la SALVE gregoriana a dos coros, alter-

nando el coro masculino de nuestros hermanos monjes con el femenino de nosotras las monjas. Luego el P. Abad Eduardo pronunció unas palabras y nos dio la bendición a todos. Ese mediodía, el P. Abad invitó a las seis fundadoras a almorzar en el refectorio monástico con todos los Hermanos de Niño Dios.

Luego del almuerzo, nos dispusimos todos a ascender al ómnibus para hacer el viaje hasta la Catedral. Y a partir de aquí comenzaron a desbaratarse nuestros planes, pues siempre las obras del Señor tienen que estar marcadas por la Cruz. Nuestro ómnibus no llegaba a la hora fijada y muy pronto nos enteramos de que tenía un inconveniente mecánico. Comenzó una angustiada espera y a las 15, hora en que todo Paraná nos esperaba concentrado en la Catedral, todavía estábamos en Victoria ¡a dos horas de viaje de allí! Finalmente pudimos partir quince minutos más tarde, en otro ómnibus que gracias a Dios se pudo conseguir. El viaje fue tenso, angustiante, pero lo aliviábamos rezando un rosario. Cuando llegamos a Paraná, una hora y media más tarde de lo previsto, bajamos del ómnibus con las insignias e inmediatamente se formó la procesión. Por un largo rato nos olvidamos del problema del ómnibus y nos concentramos en la ceremonia. La gente había permanecido fielmente en la puerta de la Catedral, a pesar del frío y del cansancio, y se agolpaba afuera y adentro, con fervor y cariño. Al ocupar nuestro lugar en el primer banco, vimos que nos acompañaban, además de Madre Cándida y de la Hna. Trinidad que habían llegado a mediodía desde Córdoba, la Madre María Leticia con las Hnas. Celina María, María Mónica y María Lourdes de Santa Escolástica, y la M. María Luisa, Priora del Monasterio Nuestra Señora de la Esperanza, de Rafaela, con la Hna. María Norma. También había una nutrida concurrencia de monjes de Niño Dios. El P. Abad Eduardo concelebraba con Mons. Karlic, así como también el P. Abad José Veronesi, del Siambón, que también había querido acompañarnos. También habían venido el P. Gabino Lapuente, Prior del Monasterio Nuestra Señora de la Paz, de Córdoba, junto con el Hno. Horacio Avalos.

La ceremonia transcurrió serena, solemne. Monseñor hizo una lindísima homilía explicando el sentido de la presencia contemplativa en una iglesia local. Las seis fundadoras llevamos la ofrenda: el copón, el vino y el agua, una estola, un icono y frascos de dulce. Al comenzar la misa, se leyó el decreto de autorización de la fundación y al finalizar, el telegrama que envió el Cardenal Cassaroli en nombre del Santo Padre con su bendición.

Luego de saludar rápidamente al Obispo y a los sacerdotes presentes, partimos para la Aldea María Luisa, donde todo el pueblo fielmente nos esperaba, también en las calles, desde hacía dos horas. A la entrada de la Aldea nos recibieron dos jinetes con las banderas argentinas y papal, que nos escoltaron hasta que descendimos de los autos. Luego iniciamos una procesión de varias cuadras detrás de Monseñor que llevaba el Santísimo para reser-

varlo en el oratorio del nuevo monasterio. Todo el pueblo nos acompañaba. Al llegar, Monseñor reservó el Santísimo mientras cantábamos el ADORO TE DEVOTE. Luego seguimos a Monseñor que bendijo toda la casa, cantando las letanías de los santos. Finalmente, Monseñor hizo entrega del sello y la llave del Monasterio a M. Isabel y se leyó el Acta de fundación que fue suscripta por todos los Superiores monásticos presentes y también por la M. Isabel, Priora de la nueva Comunidad. Todos los presentes pudieron entrar y recorrer el nuevo Monasterio, que había sido arreglado previamente por un equipo de cinco hermanas de Gaudium Mariae, que pasaron una semana en la Aldea antes de la llegada de la fundación: Hnas. Laura, Silvia, Clara Marcela, Trinidad y Liliana. La gente de la Aldea ofreció luego un agasajo a los amigos y familiares en el salón parroquial.

Gracias a Dios, los cordobeses pudieron volver finalmente a Córdoba en el ómnibus arreglado. Ya pasada la inquietud, se declararon encantados por esta intensa experiencia de compartir nuestro viaje y la fraterna acogida de nuestros hermanos monjes, que fueron extraordinariamente cálidos y hospitalarios, y que en todo momento nos brindaron su apoyo y su ayuda para solucionar todos los inconvenientes y no restar alegría a esta fiesta del Señor. Que el Señor los bendiga y sea El mismo nuestro mejor agradecimiento.

Y así finalizó este día que hizo el Señor, pareciéndonos un sueño comenzar ya nuestra vida monástica en este pequeño Monasterio de la Arquidiócesis de Paraná.

Toda la Aldea nos ha recibido con una inmensa alegría y con profundo espíritu religioso, y ya nos sentimos integradas en esta comunidad. Como tantas otras aldeas de esta provincia de Entre Ríos, Aldea María Luisa pertenece al grupo de poblaciones fundadas por los alemanes del Volga hace alrededor de cien años, en el momento en que esta corriente inmigratoria ingresaba al país. Entre estos alemanes del Volga había protestantes y católicos. Aldea María Luisa es mayoritariamente católica. Nos asombra el grado de piedad y religiosidad de esta gente, que asiste a la misa dominical en un 95 % y todos participan cantando con voces poderosas y bien afinadas. Aún conservan sus costumbres y tradiciones, como las procesiones con la Santa Patrona (Santa Ana) y la de Corpus Christi, precedida por niñas que arrojan pétalos de flores desde canastitas, y se detienen en altarcitos especialmente preparados en las puertas de algunas casas. No han perdido tampoco sus bailes con trajes típicos y sus fiestas; este año festejan el Centenario de la fundación de la Aldea, lo que concentra la atención de todos. Cuando llegamos, lo primero que nos llamó la atención fue el colorido sobre todo de los niños: todos son rubios con ojos claros, y casi no hay excepciones. Y también la ausencia de veredas: en el frente de todas las casas hay un jardincito con césped y flores, muy bien cuidado. Esto da la sensación de que todo el pueblo es un gran parque.

Hasta hace unos treinta años, todos hablaban alemán en sus casas e incluso la enseñanza en la escuelita era en alemán, de modo que aún tienen dificultades para hablar en castellano. En general, son tímidos y, aunque nos damos cuenta de que son afectuosos, no lo saben expresar y siempre el primer paso debemos darlo nosotras, cosa que hacemos con muchísimo gusto. En el poco tiempo que hace que estamos aquí, hemos aprendido a amar enormemente a esta gente que silenciosamente y con mucha simplicidad nos da ejemplo de fe, de piedad y de una vida sencilla y muy laboriosa. Sus cien años en Rusia fueron de lucha por su fe, pues tenían la amenaza permanente del entorno ortodoxo. Por otra parte, nunca terminaron de arraigar en aquella tierra y hay en ellos como una herida ancestral de desarraigo que tal vez sane con las nuevas generaciones que son ya mucho más criollas. Es una gran novedad para ellos nuestro modo de ser de monjas contemplativas, pues conocen solamente religiosas activas, pero poco a poco van comprendiendo la necesidad de nuestro retiro y de la atmósfera de silencio que debe reinar en el Monasterio. Nos sentimos muy apoyadas: nos ayudan en toda forma, y ya nos hacen participar de sus alegrías y tristezas. Como nuestro oratorio es muy pequeño y apenas entramos nosotras seis, hemos emprendido una pequeña reestructuración de modo que nos puedan acompañar en la Misa y en los Oficios desde el hall.

En este momento analizamos los posibles medios de subsistencia, tratando de encontrar la mejor solución. Sabemos muy bien que este es uno de los problemas más difíciles de resolver, dadas nuestras limitaciones de tiempo y además por el hecho de tener que encontrar algo que se pueda hacer dentro del recinto del Monasterio, pero ya se nos han ocurrido algunas ideas que pensamos serán fructíferas.

Nuestra liturgia pudo organizarse bastante bien, con un poco de esfuerzo e incluso comprobamos que nos resultaba posible cantar nuestra misa diaria en gregoriano. Queremos lograr en el Monasterio una atmósfera serena y silenciosa, propicia para la oración y la unión con Dios, y deseamos que tanto la gente de la Aldea como la de toda la Arquidiócesis pueda compartir con nosotras los tesoros de nuestra liturgia y de nuestra vida contemplativa.

Queremos agradecer a todos nuestros amigos y benefactores que hicieron posible esta fundación. En primer lugar, a nuestro Monasterio madre Gaudium Mariae, a la Abadía del Niño Dios, a la Abadía de Santa Escolástica y a todos nuestros hermanos y hermanas monjes y monjas que nos siguen con tanto cariño y nos apoyan con su oración. Asimismo agradecemos a las instituciones y benefactores de Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires y especialmente a nuestros familiares y a todos los que de una manera o de otra nos estimulan y desean que este pequeño núcleo crezca y se desarrolle para mayor gloria de Dios. Que el Señor los premie como sólo El sabe hacerlo. Nosotras los llevamos a todos en nuestro recuerdo y en nuestra oración.